CAPITULO IX

El gran jefe de los Ancas.

La hermosa Elvira se detuvo sofocada.

Hay que recordar esta particularidad que era entonces un misterio: Mandina había visto el cielo rojo hacia la parte de Occidente. No era el castillo de la Mauruse el que el ardía, sino el palacio del faubourg Saint Honoré.

—¡Ay de mí—continuó la narradora—, todavía no estaba salvada! Aquel incendio, debido á los cuidados de mi esposo, se había producido en momento poco oportuno. Rodeada de gente como me hallaba, ¿cómo arrojar la escala de seda que debía traer á mi lado á mis libertadores?

Arrastrada por los tres ratas del impace de Guemensí, se me hizo salir del palacio por escaleras excusadas y por corredores obscuros como boca de lobo.

Aquellos subterráneos conducían al pozo negro de Grenelli.

Desde allí se me llevó por calles y calles. Messa,

Salí y Lina, nos dejaron porque según dijeron, otros asuntos les reclamaban. Lo que fué del ujier de la Plaza de los Vosgos, no lo sé.

En la calle de Sevigné me sentí presa de los dolores del parto... El resto no os es desconocido. ¡Compadecéos de mis infortunios!

Renunciamos á pintar el aspecto general del taller de ribeteadoras de botinas al final de aquel relato tan largo como sorprendente.

Preferimos correr á toda prisa á la estancia contigua, en la que el sanguinario Boulet-Rouge se preparaba á inmolar al recién nacido.

Messa, Salí y Lina, ignoraban la serie de circunstancias que habían llevado á Elvira y á su hijo á la casa de la Justicia.

No sabían siquiera que la desgraciada hubiese dado á luz.

Al dejar al duque se habrían ido á matar á algunos enfermos del doctor Fondant, para cumplir el compromiso que les obligaba á suministrar diariamente setenta y tres víctimas. Tal cifra no tenía para ellos nada de exagerada. La costumbre es una segunda naturaleza.

Si hubieran adivinado que estaban en presencia del nieto de la Condenada, destinado antes de venir al mundo á perecer ahogado en espíritu de vino, no hubieran vacilado. Pero, para ellos, aquella criatura era un hijo de la plebe, fruto insignificante de una ribeteadora de botinas y un proletario.

La débil criatura no tenía todavía la marca particular del doctor Fondant.

Boulet-Rouge estaba indeciso acerca del modo cómo había de inmolar al niño.

Tenía á su elección el puñal, el veneno y la extrangulación, y hasta podía disponer del medio ingenioso de hacer cosquillas en la planta de los pies de la criatura, hasta que ésta expirase por consunción.

Sin embargo, optó por otro expediente: el de introducirle una aguja inglesa por una sien, lo cual no deja huella alguna.

Mientras prepara la ejecución de este nuevo

crimen, pasemos á la otra acera de la calle de Sevigné é introduzcamos al lector en el modesto retiro del célebre Silvio Pellico.

Este respetable anciano había sido resucitado por el doctor Fondant, valiéndose de un procedimiento que jamás había querido revelar á nadie.

El resucitado había comprendido que los detalles de su muerte y sus prisiones comprometían un poco su honorabilidad en su patria, y había venido á establecerse en París.

Sus bienes habían sido recogidos por sus herederos, y vive de los beneficios que le prodigaba el generoso Mustafá, que le había adoptado por abuelo.

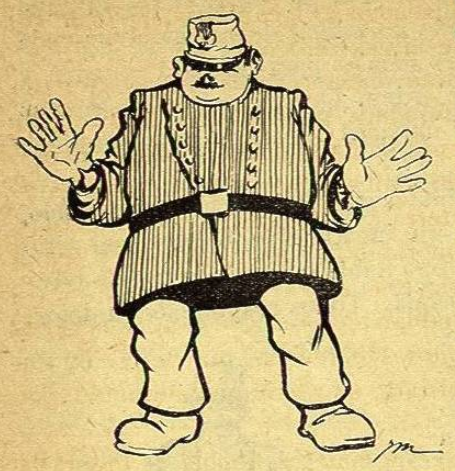
Su morada servía con frecuencia de lugar de reunión á las naturalezas leales que defendían la causa del hijo de la Condenada.

Aquella noche, no hay que olvidarlo, en su casa era donde Mandina de Hachecor, el Afilador, el Organillero y el Cochero de plaza habían buscado su asilo al hacer explosión la máquina infernal.

Allí se encontraban el gendarme y algunas otras almas bondadosas reunidas en torno de Olinda, la joven griega, antigua primera confidente de Elvira.

Esta se hallaba con dolores de parto, porque, casada á la misma hora que su ama, debía dar á

luz en la misma época. Tales son las leyes inmutables de la ciencia.



Una escena conmovedora se desarrollaba en aquel estrecho recinto.

Cuando el venerable Silvio Pellico vió que Mustafá había sufrido el extravío de una oreja, se entregó á las más violentas muestras de desesperación.

—Nadie saldrá de aquí sin haber sido escrupulosamente registrado—exclamó, presa de una animación poco frecuente en él—. Es preciso que la oreja de mi joven bienhechor parezca. ¿No podrá ocurrir que algún traidor se haya introducido entre nosotros?

—Hemos cambiado ya las señales que nos dan á conocer—objetó Mustafá.

—Joven insensato—replicó Silvio Pellico—. ¿Es acaso tu vida impecable? ¿Puede el gendarme ala-

barse de todas sus acciones? ¿Ignoras á qué punto ha llegado hoy el arte de disfrazarse? En una asamblea secreta no estaría de más cambiar cada diez minutos las señales para darse á conocer y las palabras de orden. ¡Qué pasaría si los Azotes de los diversos impaces llegaran á penetrar nuestros secretos!

Mientras hablaba así, lavaba con su pañuelo, impregnado de un inestimable bálsamo, el sitio que en otro tiempo había ocupado la oreja derecha del leal Mustafá. Todos respetaban su dolor.

—El hombre—murmuró — necesita dos orejas. Otra cosa sería contraria á las leyes de la simetría. Mustafá, mejor dicho, Faustino de Apreval, que después de semejante desgracia no es posible que oculte su antiguo é ilustre origen, ¿cómo vas á presentarte así delante de la princesa, tu amante?

Los asistentes á aquella escena escuchaban estupefactos.

El gendarme avanzó un paso.

—Si sois verdaderamente Faustino de Apreval—dijo—mi misión está cumplida.

—Y la mía también—exclamó el Afilador—, quitándose su peluca roja y dejando ver su cabellera castaña.

El eclesiástico etíope pidió un cuchillo.

En cuanto se le dieron, hendió con pulso firme su sotana, y sacó primero un brazo y luego una pierna, ambos perfectamente conformados. Después se quitó su ingenioso aparato que le hacía pasar por tuerto y no tuvo que hacer más que lavarse un poco para aparecer blanco y hasta limpio á los ojos asombrados de los circunstantes.

—¡Qué hermoso está!—murmuró Mandina á punto de desmayarse.

El Organillero, sin darse cuenta do lo que hacía, interpretó en su instrumento uno de los trozos más conmovedores de la *Marsellesa*.

Silvio Pellico lo había comprendido todo.

Después de una pausa, tendió sus manos temblorosas, y dijo:

—¡Ya me puedo morir otra vez, puesto que he visto reunidos una vez más á los cinco hijos de la Odalisca!

—A los seis—suspiró Olinda—que acababa de

dar á luz en el rincón más obscuro de la estancia un hermoso niño que tenía en los brazos.

Todos se estremecieron.

Silvio Pellico palideció y pronunció en voz apenas perceptible las siguientes palabras:

—Si Olinda es hija de la princesa, la Odalisca mangrebina se ha casado con su hermano. Ya comprenderéis que eso no está dentro de las conveniencias.

La joven griega sonrió de un modo angelical, y exclamó:

—Habla, esposo mío. Apresúrate á disipar tales sospechas.

El Afilador hizo el ademán de los oradores que reclaman el silencio de la multitud.

—Gracias al soberano árbitro del Universo—dijo—no hemos caído en ese lazo. La noche de nuestras bodas, en el momento mismo en que me disponía á poner un pie en el lecho nupcial, mi hermana reconoció en mi cuello el retrato del gran jefe de armas que me fué legado por nuestra madre. Olinda lanzó un grito y se apresuró á vestirse...

—Pero ¿y ese niño?—preguntó Silvio Pellico con desconfianza.

—Vuestra avanzada edad no os da derecho á cortarme la palabra—repuso el Afilador con majestuosa dignidad—. Ya iba á explicar ese ligero

incidente. Mi hermana se arrodilló á mis plantas y me confesó que la víspera había cedido á las seducciones de un desconocido que la había prometido casarse con ella al otro día. Como el infame impostor faltó á sus juramentos, Olinda...

Las frases del Afilador fueron interrumpidas por varios vigorosos golpes que sonaron en la puerta.

—¿Quién va?—preguntó Silvio Pellico.

—¡Yo!—respondió una voz que hizo estremecer á la joven griega.

—¡El!—murmuró Olinda.

—¡Sí, yo!—prosiguió la voz—. Frigolin de Torboy que, impedido hace nueve meses por circunstancias imperiosas, no ha podido hasta hoy venir á la cita.

—¡El es! ¡El es!—volvió á decir Olinda—. El padre de mi hijo.

Y estrechó al recién nacido contra su seno.

Silvio Pellico hizo que todos se pusieran sus disfraces, porque jamás olvidaba los consejos de la prudencia.

Después se abrió la puerta al verdadero esposo de Olinda, que reconoció á su hijo sin la menor objeción.

Aunque iba vestido según el uso de los cargadores de los muelles, aquel traje era una mentira. Sus padres eran acomodados propietarios y te-

nían parientes en las más altas esferas burocráticas.

Silvio Pellico quedó pensativo un breve espacio.

—Quitáos otra vez vuestros disfraces—ordenó luego—. No os extrañe que redoble las precauciones, porque tengo que haceros una importante revelación.

Un murmullo de asombro se oyó por todas partes.

—Para no herir vuestro pudor—siguió al cabo de un rato—, es preciso que los hombres vuelvan la espalda á las damas. Cuando lo hayáis hecho así, es preciso que todos os desnudéis para que yo me entere si hay alguno que no tenga el sello particular del hijo de la Condenada. En el caso presente un error nos sería fatal. Mi avanzada edad me autoriza á tal comprobación, sin ofensa de ningún sexo.

La orden fué obedecida.

Cuando hubo reconocido todos los sellos, abrió los brazos y dijo con una emoción rayana en el frenesí:

—¡Todos, todos á mis brazos! Puesto que ya no queda enigma alguno que adivinar, voy á daros la última sorpresa. Hijos míos, reconoced al autor de vuestros días. ¡Yo soy el gran jefe de los Ancas! ¡Soy el viudo de la princesa, la Odalisca mangrebina!

Más fácil es representarse el efecto de aquella patética escena, que tratar de traducirla con palabras.

Sólo entonces se dió cuenta el viejo del cuadro que se presentaba ante sus ojos.

Todas aquellas gentes, que completamente desnudas se contemplaban con cierta delectación, no respondían á la grandiosidad del momento.

—¡Vestíos, vestíos!—murmuró con voz perentoria.

Y como si no reparara en lo poco conveniente de aquella escena, mientras todos con más ó menos premura cubrían sus desnudeces, el venerable anciano les explicó que para librarse de habladurías se había refugiado en Chile, que los araucanos le habían elegido por su jefe, y otras particularidades de su vida que omitimos, por no hacer demasiado difuso nuestro relato.

Pero como nadie es perfecto en este mundo, en medio de la alegría general, el viejo, siempre terco, volvió á su idea fija.

—Todo lo cual—siguió—, no impide para que el generoso Mustafá no tenga más que una oreja. Ahora que reconozco en él á mi hijo primogénito, estoy más obligado á no dejarle en tal situación.

—Conmigo traigo una cola especial—dijo el nuevo esposo de Olinda—, y con gusto invertiré

una parte de ella en ser agradable á mi cuñado. Sólo falta saber dónde está la oreja perdida.

No tuvo tiempo de acabar. Silvio, con una ligereza que no se hubiera sospechado en sus dilatados años, se había precipitado sobre un armario que, como es consiguiente, no podía abrirse sino oprimiendo un botón cuidadosamente disimulado en la pared.

De él sacó un largo anteojo en cuya cubierta las iniciales J. F. G. L. P. indicaban que había pertenecido al desgraciado navegante Juan Francisco Galoup de La Perouse, comandante del *Astrolabio* y de *Brújula*, muerto en 1785.

Provisto del preciso aparato se acercó á la ventana para examinar cuidadosamente el empedrado de la calle de Sevigné y ver si en él descubría la oreja de Mustafá.

Era aquel el momento en que Messa, Salí y Lina estaban en la estancia de la cuna en el taller de ribeteadoras de botinas.

Ya hemos dicho que Tancredo, más conocido por el Murciélago, prisionero en los pisos superiores de la habitación de Mandina, había montado el arco y disparado una flecha.

La flecha, que atravesó los aires con la velocidad acostumbrada, fué á dar en la cabeza venerable del anciano Silvio Pellico, cortándole de raíz la oreja derecha.

El buen viejo, lejos de lamentarse de aquel incidente, lanzó un grito de júbilo y volvió al seno de su recién reconocida familia con la oreja en la mano.

—Joven extranjero—dijo á Frigolin de Torboy—, yerno mío, preparad vuestra cola, que esta oreja pertenece desde ahora al noble Mustafá. Todavía es corto el pago para los beneficios de que le soy deudor.

Mustafá quiso rehusar el presente, pero Silvio prosigió:

—Mis días están ya un poco avanzados. Poco importa que termine mi vida con una oreja ó con dos. Desde que la princesa dejó de existir, he renunciado al amor. Aceptad esta oreja, hijo mío, es la de un viejo, y con ella escucharás los consejos de la prudencia. Además, en adelante no necesitarás hacer las señas conocidas para darte á conocer de nosotros. Nos bastará levantar un poco los hermosos bucles de tus cabellos y ver esta vetusta oreja para reconocerte.

Mustafá consintió por fin.

Cuando el nuevo esposo de Olinda acabó la operación, Mustafá miró por casualidad á las ventanas del taller que tenía enfrente.

—Dadme, dadme unos trapos cualesquiera—exclamó con voz de trueno.

Nadie le comprendió.

—Dadme cualquier cosa—repitió con exaltación creciente—, algodón, lana, unos pingajos de tela, no importa qué.

Todos le creyeron loco; pero sin pararse á combatir aquella equivocación, él con mano firme desgarró una de las colgaduras del lecho y se hizo un turbante de gran espesor.

Después, retrocediendo algunos pasos para tomar carrera, dijo con voz tonante:

—¡Es preciso salvar á madame Fondant ó morir!

La familia de Silvio Pellico, á quien llamaremos desde ahora el Gran Jefe de los Ancas, le vió atravesar el espacio.

Su cabeza fué á chocar contra la vidriera del taller de ribeteadoras de botinas, haciéndola menudos pedazos.

Para evitar aquel choque, necesario para la realización de su empresa, era para lo que había pedido los trapos.

CAPITULO X

El agua que cambia las fisonomías.

Gracias á su precaución de hacerse un turbante con las cortinas del lecho, el noble Mustafá entró en casa de las vecinas por la ventana, sin sufrir otro daño que un ligero aturdimiento.

Ni la oreja del viejo, recientemente pegada, padeció detrimento alguno.

Para explicar la desesperada resolución que implicaba aquella acción, nos es indispensable retroceder un poco.

Después del relato de Elvira de Rudelame, la nuera de la Condenada, la gerente había hecho te y una tostada y se dedicó á poner la mesa.

Mientras realizaba estas operaciones puramente domésticas, Boulet-Rouge, siempre perplejo, buscaba en su mente los medios de destruir al recién nacido.

Carapace y Arbol seco daban vueltas á sus pulgares, hablando de los múltiples acontecimientos de aquella jornada.